

# LA ORACIÓN POR JUAN BUNYAN

## Contenido

<a href="#">La Oracion</a> .....	1
<a href="#">Ch 01 Lo Que es la Oracion</a> .....	1
<a href="#">Ch 02 Orando con el Espiritu</a> .....	6
<a href="#">Ch 03 Orando con el Espiritu y con Entendimiento</a> .....	11
<a href="#">Ch 04 Aplicacion</a> .....	17

Índice:

La Oración Por Juan Bunyan

- Capítulo I : LO QUE ES LA ORACION
- Capítulo II : ORANDO CON EL ESPIRITU
- Capítulo III : ORANDO CON EL ESPIRITU Y CON ENTENDIMIENTO
- Capítulo IV : APLICACION

## La Oracion

Es una ordenanza de Dios para uso tanto público como privado: más aun, es una ordenanza que pone a los que tienen el espíritu de súplica en estrecha relación con El; y es asimismo de efectos tan notables que alcanza de Dios grandes cosas, tanto para una persona que ora como para aquellos por quienes ora. Abre, por así decirlo, el corazón de Dios, y por medio de ella, el alma, aun estando vacía, se llena. Por la oración, el cristiano puede, también, abrir su corazón a Dios como lo haría con un amigo, y obtener de El un renovado testimonio de Su amistad. Muchas palabras podría emplear aquí para hacer distinción entre la oración pública y, privada; como también entre la del corazón y la de los labios. Asimismo podría decirse algo para establecer una diferencia entre los dones y las gracias en la oración; pero, dejando aparte este método, por esta vez he de ocuparme solamente en mostrarles el alma de la oración, sin la cual toda elevación de manos, de ojos, o de voces, carecería totalmente de propósito.

El método que me propongo seguir en esta ocasión será:

- 1.Mostrar lo que es la verdadera oración.
- 2.Mostrar lo que es orar con el Espíritu.
- 3.Lo que es orar con el Espíritu y con entendimiento.
- 4.Y finalmente, sacar una breve conclusión de lo tratado.

Juan Bunyan

## Ch 01 Lo Que es la Oracion

Orar es derramar de modo sincero, consciente y afectuoso el corazón o alma ante Dios, por medio de Cristo, en el poder y ayuda del Espíritu Santo, buscando las cosas que Dios ha prometido, o que son conforme a su Palabra, para bien de la iglesia, con fiel sumisión a Su voluntad.

Esta descripción contiene, pues, siete puntos. Orar es derramar el corazón o alma: 1. De modo sincero; 2. De modo consciente; 3. De modo afectuoso, derramando el alma ante Dios, por medio de Cristo; 4. En el poder o ayuda del Espíritu Santo; 5. Buscando las cosas que Dios ha prometido, o que son conforme a su Palabra; 6. Para bien de la iglesia; 7. Con fiel sumisión a la voluntad de Dios.

1. En cuanto al primer punto: Es derramar de modo sincero el alma ante Dios. La sinceridad es una gracia que forma parte de todas las demás que Dios nos da, y de todas las actividades del cristiano, influyendo en ellas, pues de lo contrario Dios no las miraría. Así ocurre en la oración, como particularmente dice David, hablando de este tema: "A El clamé con mi boca, y ensalzado fue con mi lengua. Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera" (Salmo 66: 17, 18). La sinceridad es parte de la oración, pues sin ella Dios no la consideraría como tal. "Y me buscaréis y hallaréis, por que me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jeremías 29:13). La falta de sinceridad hizo que Jehová rechazara las oraciones de que se nos habla -en Oseas 7:14, donde dice: " Y no clamaron a mí con su corazón" (es decir, en sinceridad), "cuando aullaron sobre sus camas". Mas oran para simular, para exhibirse hipócritamente, para ser vistos de los hombres y aplaudidos por ello. La sinceridad es lo que Cristo encomió en Natanael, cuando éste estaba debajo de la higuera: "He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño". Probablemente este buen hombre había estado derramando su alma a Dios en oración bajo la higuera, haciéndolo en espíritu sincero y sin doblez, ante el Señor. La oración que contiene este elemento como uno de sus ingredientes -principales, es la oración que Dios escucha. Así vemos que "La oración de los rectos es Su gozo" (Proverbios 15: 81 ¿Por qué ha de ser la sinceridad uno de los elementos esenciales de la oración que Dios acepta? Porque la sinceridad induce al alma a abrir – el corazón ante Dios con toda sencillez a presentarle el caso llanamente, sin equívocos; a reconocer la culpa sin disimulos; a clamar a Dios desde lo más profundo del corazón, sin palabras huecas y artificiosas. "Escuchando, he oído a Ephraim que se lamentaba: me azotaste, y fui castigado como novillo indómito.." La sinceridad es la misma cuando está acallada en un rincón que cuando se presenta ante el mundo. No sabe llevar - dos máscaras, una para comparecer ante los hombres,- y otra para los breves momentos -que pasa en soledad. Ella se ofrece al ojo escrutador de Dios, y aún estar con El en el deber de la oración. No tiene aprecio por el esfuerzo de labios, pues sabe que lo que Dios mira es el corazón - de donde brota- para ver si es la oración que va acompañada de sinceridad.

2. Es derramar de modo sincero y consciente el corazón o alma. No se trata, como muchos piensan, de unas cuantas expresiones balbuceantes, de un parloteo lisonjero, sino de un movimiento consciente del corazón. La oración contiene un elemento de múltiple y auténtica sensibilidad: unas veces para la carga que representa el pecado, otras para la acción de gracias por las mercedes recibidas, otras para la predisposición de Dios a otorgar su misericordia, etc.

(a) Conciencia de la necesidad de misericordia, a causa del peligro que representa el pecado. El alma, digo, pasa por una experiencia en la que suspira, gime, y el pecado la quebranta; pues la verdadera oración, de la misma manera que la sangre brota de la carne cuando ésta es aprisionada por férreas ligaduras, expresa balbuceante lo que procede del corazón cuando éste se halla abrumado por el dolor y la amargura. David grita, clama, llora, desmaya en su corazón, los ojos le fallan, se seca, etc.; Ezequías se expresa quejumbrosamente cual paloma; Efraín se lamenta; Pedro llora amargamente; Cristo experimenta lo que es "gran clamor y lágrimas"; y todo esto por ser conscientes de la justicia de Dios, de la culpa del pecado, de los dolores del infierno y de la destrucción. "Rodeáronme los dolores de la muerte, me encontraron las angustias del sepulcro: Angustia y dolor había yo hallado. Entonces invoqué el nombre de Jehová" (Salmo 116: 3, 4). Y en otro lugar: "Mi mal corría de noche" (Salmo 77:2). Y también: "Estoy encorvado, estoy humillado en gran manera, ando enlutado todo el día" (Salmo 38:6). En todos estos ejemplos, y en muchísimos más que podrían citarse, puede verse que la oración entraña una profunda conciencia motivada, ante todo, por la experiencia del pecado.

(b) A veces uno es gratamente consciente de la misericordia que recibe; misericordia que alienta, consuela, corrobora, vivifica, ilumina, etc. Así vemos cómo David derrama su alma para bendecir, alabar y magnificar al gran Dios por su bondad hacia unos seres tan pobres, viles y desdichados: "Bendice, alma mía, a Jehová; y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordia; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila" (Salmo 103: 1-5). Y así la oración de los santos se convierte a veces en alabanza y acción de gracias; mas no por eso deja de ser oración. Esto es un misterio; el pueblo de Dios ora con sus alabanzas; como está escrito: "Por nada estéis afanosos; sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias" (Filipenses 4: 6). El hacimiento de gracias ofrecido con plena conciencia es una poderosa oración a los -ojos de Dios, que prevalece ante El de modo inefable.

(c) En la oración, el alma se expresa a veces como sabiendo ya las bendiciones que ha de recibir, y esto hace que el corazón se inflame: "Tú, Jehová de los ejércitos", dice David, "revelaste al oído de tu siervo, diciendo: Yo te edificaré casa. Por esto tu siervo ha hallado en su corazón para hacer delante de ti esta súplica" (II Samuel 7:27). Esta confianza es la que movió a Jacob, David, Daniel y otros; la previa experiencia de las misericordias que iban a recibir. Sin trances ni éxtasis, sin balbucear de manera necia y hueca unas cuantas palabras escritas en un papel, sino con poder, con fervor y sin cesar, estos hombres presentaron gimiendo ante Dios su condición, experimentando, como he dicho, sus necesidades, su miseria, y confiando en Sus propósitos de misericordia.

Tener una buena experiencia del pecado y la ira de Dios, junto con estímulos recibidos de Dios para venir a El, es mejor breviario que el sacado de los libros papistas usados en la misa, que no son otra cosa que retazos y fragmentos de la imaginación de algunos papas, algunos frailes, y que se yo quien más.

3. La oración es derramar el alma ante Dios de modo sincero, consciente y afectuoso. ¡Oh, qué calor, qué fortaleza, vida, vigor y afecto los de la verdadera oración! ---Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. He codiciado tus mandamientos. Deseado he tu salud. Codicia y aun ardientemente desea mi alma los atrios de Jehová: mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo. Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo." Observad cómo dice: "Mi alma codicia", etc. ¡Oh, qué afecto se descubre en esta oración! Lo mismo encontraréis en Daniel: "Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y haz; no pongas dilación, por amor de ti mismo, Dios mío". Cada sílaba está impregnada de cálida vehemencia. Esto es lo que Santiago llama oración eficaz. Así también en Lucas 22:44: ---Y estando en agonía, oraba más intensamente", o sea, que sus afectos iban más y más lejos hacia Dios en busca de Su mano ayudadora. ¡Oh, cuán lejos están de parecerse las oraciones de la mayoría de los hombres a la verdadera oración que sube al trono de Dios! ¡Qué lástima que la mayor parte no sienta este ardor en su conciencia! y en cuanto a los que lo sienten, es de temer que muchos de ellos no sepan lo que es derramar su corazón y su alma ante Dios de manera sincera, consciente y afectuosa. Más aun, se contentan con un mero ejercicio de labios y cuerpo, musitando unas cuantas oraciones de memoria. Cuando los afectos forman de veras parte de la oración, el hombre todo participa en ella, y de tal manera, que el alma, por decirlo así, prescinde de todo antes que privarse del bien deseado, o sea, la comunión y el solaz son Cristo. Por eso los santos han gastado sus fuerzas y han perdido sus vidas antes que privarse de la bendición (Salmo 79:3; 38:9, 10; Génesis 32: 24).

Todo este formulismo se observa sobremanera en la ignorancia, irreverencia y envidia que reina en los corazones de aquellos que son tan celosos de las formas de la oración, pero no de su poder. Apenas hay uno entre cuarenta que sepa lo qué es haber nacido de nuevo; tener comunión con el Padre por medio del Hijo; experimentar el poder de la gracia santificante en su corazón. A pesar de todas sus oraciones, viven todavía vidas llenas de maldición, embriaguez, lascivia y abominación, Malicia, persiguiendo a los amados hijos de Dios. ¡Oh qué horrendo juicio vendrá sobre ellos; juicio contra el cual todas sus reuniones hipócritas, y todas sus oraciones, jamás podrán ayudarles o protegerles!

Asimismo, orar es derramar el corazón o alma. Hay en la oración un acto en que lo íntimo se revela, en que el corazón se rinde a Dios, en que el alma se derrama afectuosamente en forma de peticiones, suspiros y gemidos: "Delante de ti están todos mi deseos (dice David en- el Salmo 38: 9),---y mi suspiro note es oculto." Y también: "Mi alma tiene sed de -Dios, del Dios vivo: ¡cuándo vendré, y compareceré delante de Dios! Me acordaré de estas cosas, y derramaré sobre mí mi alma" (Salmo 42:2-4). Obsérvese que dice: "Derramaré... mi alma", expresión que significa que en la oración la vida misma y todas las fuerzas vuelan hacia Dios. Como dice en otro lugar: "Esperad en El en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de El vuestro corazón" (Salmo 62: 8). Esta es la oración a la que se ha dado promesa de liberación para la pobre criatura cautiva y bajo servidumbre. "Si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma" (Deuteronomio 4:29).

Prosigamos: Orar es derramar el corazón o alma ante Dios. Esto muestra también la excelencia del espíritu de oración. Es a la presencia del gran Dios adonde la oración se retira: "¡Cuándo vendré, y compareceré delante de Dios!" El alma que de veras ora así, ve la vanidad de todas las cosas debajo del cielo; ve que sólo en Dios hay descanso y satisfacción para ella. La viuda y la desolada ponen su confianza en Dios. Por esto dice David: "En ti, oh Jehová, he esperado; no sea yo confundido para siempre. Hazme escapar, y líbrame en tu justicia: inclina tu oído y sálvame. Séme por peña de estancia, adonde recurra yo continuamente. Porque tú eres mi roca y mi fortaleza. Dios mío, líbrame de la mano del impío, de la mano del perverso y violento. Porque tú, oh Señor, eres mi esperanza: seguridad mía desde Mi juventud" (Salmo 71: 1-5). Muchos hablan de Dios con palabrería; mas la oración verdadera hace de El su esperanza, su sostén, y su todo. La verdadera oración no ve nada sustancial ni que valga la pena excepto Dios. Y lo hace (como he dicho antes) de manera sincera, consciente y afectuosa.

Seguiremos diciendo que la oración es derramar el corazón o alma de manera sincera, consciente y afectuosa a través Cristo. Es necesario añadir esto, a través de Cristo, pues de lo contrario cabe dudar si es oración, por mucha pompa y elocuencia que emplee.

Cristo es el camino por el cual el alma tiene acceso a Dios, y sin el cual es imposible que ni un solo deseo llegue a oídos del Señor de Sabaoth: "Si algo pidieréis en mi nombre todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, esto haré". Esta fue la manera en que Daniel oró por el pueblo de Dios; en el nombre de Cristo: "Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos, y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor" (Daniel 9:17). Y lo mismo David: ---Por amor de tu nombre (es decir, por amor de tu Cristo), oh Jehová, perdonarás también mi pecado; porque es grande- (Salmo 25:11). Ahora bien, esto no quiere decir que todo el que menciona el nombre de Cristo en sus oraciones esté orando realmente en Su nombre. El acercarse a Dios por Cristo es la parte más difícil de la oración. Al hombre le es más fácil experimentar Sus obras, e incluso desear sinceramente Su misericordia, que poder venir a Dios por Cristo. El que viene a Dios a través, de Cristo, ha de conocerle primeramente: pues el que a Dios se allega, ha de creer que le hay. Y también el que viene a Dios ha de conocer a Cristo: ---Ruégote que me muestres ahora tu camino", dice Moisés, "para que te conozca" (Éxodo 33: 13).

Sólo el Padre puede- revelar a este Cristo. Y venir a través de Cristo es que sea dado al alma poder de Dios para guarecerse a la sombra del Señor Jesús, como el que se cobija en un refugio. Por esto David llama a Cristo muchas veces su escudo, torre, fortaleza, roca de confianza, etc. Y le da estos nombres, no solamente porque por El venció a sus enemigos, sino porque por El halló favor cerca de Dios Padre. A Abraham le fue dicho: "No temas, Abram; yo soy tu escudo", etc. (Génesis 15:-1). Así, pues, el que viene a Dios a través de Cristo ha de tener fe, por la cual se reviste de El, y en El aparece ante Dios. Ahora bien, el que tiene fe ha nacido de Dios, ha nacido de nuevo, y por tanto llega a ser uno de Sus hijos, en virtud de lo cual es unido a Cristo y hecho miembro suyo. Por consiguiente, una vez miembro de Cristo, ya tiene acceso a Dios. Digo miembro de Cristo, por la manera en que Dios le considera como parte de su Hijo; como parte de su cuerpo, de su carne y de sus huesos; unido a El por la elección, la conversión, la iluminación. Dios pone el Espíritu en el corazón de ese pobre hombre, de modo que ahora se allega a Dios en virtud de los méritos de Cristo; en virtud de su sangre, su justicia, su victoria, su intercesión. Ya está ante El, siendo acepto en su Hijo amado. Al ser así esta pobre

criatura miembro del Señor Jesús, y tener, por tanto, acceso al trono de Dios, en virtud de esta unión, el Espíritu Santo es puesto también en él, capacitándole para derramar su alma ante Dios y ser oído de El.

4. La oración es derramar el corazón o alma de modo sincero, consciente, afectuoso ante Dios por medio de Cristo en el poder y ayuda del Espíritu. Estas cosas dependen de tal modo unas de otras que es imposible que haya oración sin que todas ellas concurren. Por muy excelente que sea nuestro hablar, Dios rechaza toda súplica que no lleve estas características. Si no se derrama el corazón sincera, consciente y afectuosamente delante de El, y eso por medio de Cristo, no se hace otra cosa sino un mero esfuerzo de labios, lo cual está lejos de ser agradable a los oídos de Dios. Así también, si no es en el poder y ayuda del Espíritu, será como el fuego extraño que ofrecieron los hijos de Aarón (Levítico 10:1): Mas de esto hablaré más extensamente más adelante. Entretanto concluimos que lo que no se pide por medio de la enseñanza y ayuda del Espíritu no puede ser conforme a la voluntad de Dios.

5. La oración consiste en derramar el corazón o alma, de manera sincera, consciente, afectuosa, delante de Dios, por medio de Cristo, en el poder y ayuda del Espíritu, pidiendo lo que El ha prometido, y lo que es conforme a su Palabra. -La oración es oración cuando se halla dentro del ámbito y del designio de la Palabra de Dios; pues cuando la petición es ajena al Libro, es blasfemia o, cuando menos-, vana garrulería. Por esto David, en su oración, no apartaba la vista de la, Palabra- de -Dios: "Se pegó al polvo mi alma; vivifícame según tu palabra" (Salmo 119:25). Y también: "Se deshace mi alma en ansiedad: corrobórame según tu palabra" (Salmo: 119:49). Ciertamente el Espíritu Santo no vivifica ni mueve directamente el corazón del cristiano sin la Palabra, sino por, con y a través de ella, trayéndola al corazón, y abriendo éste, por cuyo medio el hombre es impulsado a allegarse al Señor, y contarle su condición, y también a argumentar y suplicar conforme a su Palabra." Así ocurrió en el caso de Daniel, aquel poderoso profeta del Señor. Entendiendo por los libros que la cautividad de los hijos de Israel estaba cercana a su fin, ora a Dios conforme a la Palabra: "Yo Daniel miré atentamente en los libros", (los escritos de Jeremías) "el número de los años, del cual habló Jehová al profeta Jeremías, que había de concluir la asolación de Jerusalén" en setenta años, Y volví mi rostro al Señor Dios, buscándole en oración y ruego, en ayuno, y cilicio, y ceniza" (Daniel 9:2, 3). - Por todo lo cual, el Espíritu es el ayudador y director del alma, cuando ésta ora conforme a la voluntad de Dios, porque es el mismo Espíritu el que la regula por y según la Palabra de Dios y su promesa. Por esto nuestro Señor Jesucristo mismo se retuvo en una ocasión, aunque su vida dependía de ello: ---Puedo ahora orar a mi Padre, y El me daría más de doce legiones de ángeles; pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que así conviene que sea hecho?" Como diciendo: Si hubiera tan sólo una palabra acerca de ello en la Escritura, pronto estaría lejos de las manos de mis enemigos: los ángeles me ayudarían. La Escritura no justificaba tal clase de oración. Se ha de orar conforme a la Palabra y a la promesa. El Espíritu ha de dirigir por medio de la Palabra, tanto en la manera como en el tema de la oración. "Oraré con el espíritu, mas oraré también con entendimiento" (1Corintios 14:15). Pero no hay entendimiento sin la Palabra, pues sin ella, ¿qué sabiduría queda?

6. Para bien de la Iglesia. Esta cláusula abarca todo lo que tiende a la gloria de Dios, la alabanza de Cristo, o el provecho de su pueblo; pues Dios, Cristo y su pueblo están de tal manera unidos, que si se ora por el bien de uno, a saber, la iglesia, se ora necesariamente por la gloria de Dios y la alabanza de Cristo. De la manera que Cristo está en el Padre, los santos están en Cristo; y el que toca a los santos, toca la niña del ojo de Dios. Orad pues por la paz de Jerusalén y oraréis por todo lo que debéis. Jerusalén no tendrá jamás paz perfecta hasta estar en el cielo; y no hay cosa que Cristo desee más que tenerla allí, en el lugar que Dios, por medio de Cristo, le ha dado. Así, pues, el que ora por la paz y el bien de Sión, o la iglesia, pide en oración lo que Cristo ha comprado con su sangre y lo que el Padre le ha dado. Ahora bien, el que ora pidiendo esto, ha de hacerlo pidiendo abundancia de gracia para la iglesia; ayuda contra todas sus tentaciones; pidiendo que Dios no permita que nada la aflija con demasiada dureza; que todas las cosas le ayuden a bien; que El les guarde irrepreensibles y sencillos, para gloria Suya, hijos sin culpa en medio de la nación maligna y perversa. Esta es la esencia de la oración de Cristo en Juan 17. Y todas las -oraciones de Pablo seguían este curso, como lo muestra el texto bíblico: "Y esto ruego que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo

conocimiento, para que discernáis lo mejor; que seáis sinceros y sin ofensa para el día de Cristo; llenos de frutos de justicia, que son por Jesucristo, a gloria y loor de Dios" (Filipenses 1:9-11). Como veis, es una oración corta, mas Bella de buenos deseos para la iglesia, desde el principio al fin; para que esté firme y persevere, manifestándose en la mejor disposición espiritual, o sea irrepreensiblemente, con sinceridad y sin ofensa, hasta el día de Cristo, sean cuales fueren las tentaciones o persecuciones a que se viere sometida.

7. La oración se somete a la voluntad de Dios y dice, como Cristo enseñó: "Hágase tu voluntad". Por lo cual el pueblo del Señor, con toda humildad, ha de ponerse a sí mismo, sus oraciones y todo lo que tiene, a los pies de su Dios, para que El disponga de ello según mejor le agrade en su sabiduría celestial. Y todo sin dudar de que El responderá al deseo de Su pueblo de la manera más conveniente para ellos y para Su propia gloria. Por consiguiente, cuando los santos oran sumisos a la voluntad de Dios, no significa que deben poner en duda Su amor y bondad hacia ellos; sino que, debido a que no siempre son igualmente prudentes, circunstancia que a veces aprovecha Satanás para tentarles a orar por aquello que, si lo alcanzaran, no redundaría en gloria de Dios ni en bien de Su pueblo, tenemos esta confianza en El, que si demandáremos alguna cosa conforme a Su voluntad, El nos oye. Y si sabemos que El nos oye en cualquier cosa que demandáremos, sabemos que tenemos las peticiones que le hubiéremos demandado, es decir, pidiéndole en espíritu de gracia y oración. Mas, como dije antes, la petición que no es presentada en y por medio del Espíritu, no será atendida, por ser ajena a la voluntad de Dios; pues sólo el Espíritu conoce ésta, y por tanto es el único que sabe cómo orar en conformidad: Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios" (1Corintios 2:11). Más adelante volveremos a tocar este punto.

## Ch 02 Orando con el Espíritu

"Oraré con el Espíritu, mas oraré también con entendimiento" (1Corintios 14:15). Ahora bien, orar con el Espíritu (pues esto es lo que hace el que ora, si ha de ser acepto a Dios) es, como se ha dicho antes, allegarse a Dios sincera, consciente y afectuosamente por medio de Cristo; lo cual ha de ser necesariamente obra del Espíritu de Dios. No hay hombre ni iglesia en el mundo que pueda allegarse a Dios en oración, si no es con la ayuda del Espíritu Santo: "Por El los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre" (Efesios 2:18). Por lo cual Pablo dice: "Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es el intento del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios, demanda por los santos" (Romanos 8: 26, 27). Voy a comentar en breves palabras este texto que descubre tan plenamente el espíritu de oración y la incapacidad del hombre para orar sin él.

1. Considérese primeramente la persona que está hablando, o sea Pablo, y en su persona todos los apóstoles. Nosotros los apóstoles, oficiales extraordinarios, edificadores prudentes (alguno, incluso, ha sido arrebatado al paraíso), "qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos". No sabemos qué cosas hemos de pedir; ni a quién oramos, ni por qué medio oramos; nada de esto sabemos sino por la ayuda del Espíritu. ¿Hemos de orar pidiendo tener comunión con Dios por Cristo? ¿Hemos de pedir fe, justificación por la gracia, un corazón verdaderamente santificado? Nada de esto sabemos; "porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios" (1Corintios 2:11).

Asimismo, si no saben cuál ha de ser el tema de la oración, a no ser por la ayuda del Espíritu, sin El tampoco saben cómo deben orar; por lo cual, el apóstol añade: "El Espíritu ayuda nuestra flaqueza: porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos." No podían cumplir este deber tan airosa y plenamente como algunos en nuestros días creen que pueden. Aun en sus mejores momentos, cuando

el Espíritu Santo les ayudaba, los apóstoles habían de contentarse con proferir suspiros y gemidos indecibles, ya que les faltaban palabras para expresarse.

Mas en esto los sabios de nuestros días están tan especializados, que ya saben de antemano cómo deben orar y sobre qué tema; fijando tal oración para tal día, aun veinte años antes. Una para Navidad, otra para Pascua, y la que corresponde seis días después, etc. Han contado aun las sílabas que deben contener. También para cada festividad han preparado ya las oraciones para aquellos que aun no han venido a este mundo. Además, os dirán cuándo debéis arrodillaros, cuándo estar en pie, cuándo sentaros, y cuándo moveros. Todo lo que los apóstoles no llegaban a cumplir, por no poder componer de manera tan meticulosa, a causa del temor de Dios -que les constreñía a orar como debían.

"Porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos." Obsérvese esto: "como conviene"; pues el no pensar en esta palabra, o por lo menos el no entenderla en su espíritu y verdad, ha hecho que algunos inventaran, como Jeroboam, otra manera de adorar distinta de la que está revelada en la Palabra de Dios, tanto en lo que respecta al tema como a la forma. Pero Pablo dice que es preciso que oremos como conviene; cosa que no podemos hacer ni con todo el arte, la habilidad, la astucia y el ingenio de los hombres y de los ángeles. "Porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino que el mismo Espíritu.... "Sí, el "mismo Espíritu" "ayuda nuestra flaqueza"; no el Espíritu y la concupiscencia del hombre: una cosa es lo que el hombre puede imaginar e inventar en su propio cerebro, y otra lo que se le manda y debe hacer. Muchos piden y no reciben, porque piden mal (véase Santiago 4:3), por lo cual jamás llegan ni siquiera a estar cerca de poseer lo que piden. La oración accidental fortuita, no disuade a Dios ni hace que El responda. Cuando se está en oración; Dios escudriña el corazón, para ver de qué raíz y espíritu procede. "Mas el que escudriña los corazones, sabe" (es decir, aprueba), "cuál es el intento del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios, demanda por los santos" (Romanos 8:27). Pues El nos -oye solamente en aquello que es conforme a su voluntad, y en nada más. Y solamente el Espíritu puede enseñarnos a pedir, porque es el único que todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Sin este Espíritu, aunque tuviéramos mil devocionarios, "qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos", -pues nos acompaña aquella flaqueza que nos incapacita totalmente para tal menester. Flaqueza que consiste en lo siguiente, bien que es difícil de describir:

Sin el Espíritu, el hombre es tan flaco que por nos que use los demás medios no puede tener un solo pensamiento justo relacionado con la salvación y con Dios, con Cristo, o con sus bendiciones. Por tanto, el Espíritu dice a los impíos: "No hay Dios en todos sus pensamientos" (Salmo 10:4); a menos que se lo imaginen según ellos son. "Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal" (véase Génesis 8:21). Si, pues, como se ha demostrado antes, no pueden concebir correctamente al Dios a quien oran, ni al Cristo en cuyo nombre oran, ni las cosas por las cuales oran, ¿cómo podrán dirigirse personalmente a Dios sin que el Espíritu ayude su flaqueza? El Espíritu en persona es el que revela estas cosas a nuestras pobres almas, y quien nos las hace entender; por lo cual Cristo, cuando prometió enviar al Espíritu, al Consolador, dijo a sus discípulos: "Tomará de lo mío y os lo hará saber." Es como si hubiera dicho: "Sé que por naturaleza estáis en tinieblas e ignorancia para entender mis cosas; y aunque probéis este sistema o el otro, vuestra ignorancia continuará; el velo está puesto sobre vuestro corazón, y nadie puede quitarlo, ni daros entendimiento espiritual, si no es el Espíritu."

La oración verdadera ha de proceder, tanto en su expresión externa como en su intención espiritual, de lo que nuestra alma percibe bajo la luz del Espíritu; de lo contrario será rechazada como cosa vana y abominable, porque el corazón y la lengua no van al unísono - ni tampoco pueden, por cierto, a menos que el Espíritu ayude nuestra flaqueza-. David sabía esto muy bien, y por eso clamó: Señor, abre mis labios; y publicará mi boca tu alabanza (Salmo 51:15). Espero que nadie imaginará que David no podía hablar y expresarse tan bien como los demás, como cualquiera de nuestra generación, según es claramente manifiesto en sus palabras y obras. No obstante, cuando este hombre excelente, este profeta, viene a adorar a Dios, el Señor tiene que ayudarlo, pues de lo contrario nada puede hacer. Era incapaz de pronunciar ni una palabra acertada a menos que el Espíritu mismo ayudara su flaqueza.

2. Es preciso que la oración sea en el Espíritu, para que sea eficaz. Las oraciones que no son movidas desde arriba son como los hombres: necias, hipócritas, frías e indecorosas; y como aquellos que las pronuncian, vienen a ser abominación a Jehová. No es la excelencia de la voz, ni el aparente afecto y fervor del que ora, lo que Dios mira o considera, sino el Espíritu. El hombre, como tal, está tan lleno de toda suerte de impiedad, que no solamente no puede tener una palabra o un pensamiento limpio, sino mucho menos una oración pura y aceptable a Dios por Cristo. Por lo cual, los fariseos, a pesar de sus oraciones, o a causa de ellas, fueron rechazados. No cabe la menor duda de que, en cuanto a palabras, eran perfectamente capaces de expresarse; es más, destacaban por lo prolijo de sus oraciones; pero no tenían la ayuda del Espíritu de Jesucristo, por lo cual, lo que hacían, lo hacían solamente con su flaqueza. Todo esto era la causa de que no pudieran derramar sus almas a Dios de modo sincero, consciente y afectuoso, en el poder del Espíritu. Esta es la oración que va al cielo, por ser elevada en el poder del Espíritu, pues ...

3. Solamente el Espíritu puede claramente mostrar al hombre lo miserable que es por naturaleza, capacitándole así para la oración. Hablar es hablar tan sólo, como decíamos, y no es sino culto de labios cuando no hay una experiencia realmente eficaz de su bajeza. ¡Oh, qué horrenda hipocresía la de la mayoría de corazones! ¡Cuán horrenda mentira la de muchos hombres que oran hoy día sólo para que les vean! ¡Y todo esto por no tener experiencia de su propia miseria! Mas el Espíritu muestra amorosamente al alma su desdicha, le indica su posición y lo que probablemente va a ser de ella; le muestra asimismo lo intolerable de su condición. El Espíritu es quien redarguye eficazmente del pecado y de la miseria de una vida sin Cristo, poniendo así al alma en una actitud apacible, grave, consciente, afectuosa, para orar a Dios conforme a su Palabra.

4. Aunque los hombres vieran sus pecados, no orarían sin la ayuda del Espíritu. De no ser por El, huirían de Dios, como Caín y Judas, y desesperarían por completo de hallar misericordia. Cuando una persona tiene conciencia de su pecado y de la maldición de Dios, es difícil persuadirle de que debe orar; pues su corazón dice: "No hay esperanza; es en vano buscar a Dios. Soy una criatura tan vil, infeliz y maldita, que jamás se me tendrá en cuenta." Entonces viene el Espíritu, sosiega al alma, la ayuda a levantar el rostro hacia Dios infundiéndole un poco de la experiencia de lo que es la misericordia, para que se acerque a Dios.

5. Ha de ser en el Espíritu o con El; pues si no es así, nadie puede saber cómo ha de allegarse a Dios como conviene. Los hombres podrán decir fácilmente que se allegan a Dios en su Hijo; pero allegarse a Dios "como conviene", y conforme a Su voluntad, es lo más difícil que concebirse pueda, si se quiere hacer sin el Espíritu. Es el Espíritu quien lo escudriña todo, aun lo profundo de Dios. Es el Espíritu quien debe mostrarnos la manera de allegarnos a Dios, y también aquellas cosas de Dios que le hacen deseable: "Ruegote que me muestres ahora tu camino", dice Moisés, "para que te conozca" (Éxodo 33:13); y Juan 16:14: "Tomará de lo mío, y os lo hará saber."

6. Porque sin el Espíritu, aunque el hombre viera su miseria, y también la manera de allegarse a Dios, jamás podría aspirar a tener participación en El, en Cristo, o en la misericordia, sin contar con la aprobación divina. ¡Qué tarea tan grande, para la pobre alma que percibe su pecado y la ira de Dios, decir en fe esta sola palabra: Padre! Os digo que, cualquiera que sea la opinión de los hipócritas, ésta es la mayor dificultad para el cristiano verdadero: no puede decir que Dios es su Padre. -¡Ah! -dice -no me atrevo a llamarle Padre.". Por esto precisamente es necesario que el Espíritu sea enviado al corazón de los del pueblo de Dios, para clamar: ¡Padre! Es éste un esfuerzo que, sin el Espíritu, nadie puede realizar conscientemente y en fe. Cuando digo conscientemente, quiero decir sabiendo lo que es ser hijo de Dios, haber nacido de nuevo. Y cuando digo en fe, quiero decir que el alma cree, por experiencia genuina, que la obra de la gracia ha sido hecha en ella. Esta es la única manera de llamar a Dios, Padre; y no, como muchos hacen, recitar de memoria, de modo balbuceante, el Padrenuestro, tal como está en la letra del libro.

No; la vida de oración estriba en que un hombre, en o con el Espíritu, después de haber sido sensibilizado en cuanto al pecado, y enseñado en cuanto a cómo debe allegarse al Señor en busca de misericordia, viene, digo, en el poder del Espíritu, y clama: ¡Padre! Esa única palabra, pronunciada en



fe, es mejor que mil oraciones - como los hombres las llaman - escritas y leídas de manera oficial, indiferente y tibia. ¡Oh, cuán lejos están las gentes de darse cuenta de esto, cuando se dan por satisfechos con saber de memoria, y enseñarlo a sus hijos, el Padrenuestro, el Credo y otros dichos; cuando como Dios sabe, no tienen una verdadera experiencia de sí mismos, de su miseria, de lo que Dios exige que le demos por medio de Cristo! ¡Ah, pobre alma! Reflexiona sobre tu miseria y clama a Dios para que te muestre tu confusa ceguera e ignorancia antes de que te habitúes, y enseñes a tus hijos, a llamarle Padre de forma rutinaria. Sabed que decir que Dios es vuestro Padre, a modo de oración, sin tener una experiencia de la obra de la gracia en vuestras almas, es decir que sois judíos sin serlo, y por tanto mentir. Vosotros decís: Padre nuestro; Dios dice: Tú blasfemas. Vosotros decís que sois judíos, es decir, verdaderos cristianos; Dios dice: Mientes. "He aquí, yo doy de la sinagoga de Satanás, los que se dicen ser judíos, y no lo son, mas mienten." Y "Yo sé... la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, mas son sinagoga de Satanás" (Apocalipsis 3:9 y 2:9).

Y este pecado es tanto mayor, cuanto más el pecador se jacta con pretendida santidad, cual fue la postura de los judíos ante Cristo en el capítulo 8 de Juan. Vemos allí cómo Cristo les habló de su condenación en términos inequívocos, a pesar de las hipócritas pretensiones de ellos. Y la historia se repite. Algunos pretenden ser considerados los únicos hombres honrados, y todo porque con sus lenguas blasfemas y corazones hipócritas van a la iglesia y dicen: ¡Padre nuestro! Mas aun así, a pesar de que cada vez que dicen a Dios, "Padre nuestro", blasfeman tan abominablemente, necesitan hacerlo por deber. Y cuando otros, de principios más sobrios, sienten escrúpulos de tan vanas tradiciones, se les considera como enemigos de Dios y de la nación. El pueblo de Dios como siempre, es considerado como pueblo turbulento, sedicioso y faccioso.

Permíteme pues que razone un poco contigo, pobre alma ciega, ignorante y aturdida. (a) Quizás tu mejor oración sea decir: "Padre nuestro que estás en los cielos, etc. ¿Conoces el significado de las primeras palabras de esta oración? ¿Puedes sin vacilación clamar, uniéndote al resto de los santos: "Padre nuestro"? ¿Has nacido realmente de nuevo? ¿has recibido el espíritu de adopción? ¿te ves a ti mismo en Cristo, y puedes allegarte a Dios como miembro de su Hijo? ¿o ignoras estas cosas, y aun osas decir: "Padre nuestro"? ¿No es el diablo tu padre? ¿y no haces las obras de la carne? ¡y te atreves a decir a Dios: "Padre nuestro"! Peor aun, ¿no eres uno de los que encarnizadamente persiguen a los hijos de Dios? ¿no los has maldecido en tu corazón muchas veces? ¡y aun permites que de tu garganta blasfema salgan las palabras: "Padre nuestro"! El es Padre de aquellos a quienes aborreces y persigues. Del mismo modo que el diablo se presentó entre los hijos de Dios (Job 2:1) cuando éstos vinieron a comparecer ante el Padre, así ocurre ahora: si a los santos se les manda orar diciendo "Padre nuestro", todo el populacho ciego e ignorante del mundo entero ha de usar también las mismas palabras: "Padre nuestro".

(b) ¿Y dices de veras "Santificado sea tu nombre", de corazón? ¿te esfuerzas de todas las maneras honestas y legítimas en ensalzar el nombre, la santidad y la majestad de Dios? ¿Es tu corazón, tu manera de vivir, compatible con este pasaje? ¿te esfuerzas en imitar a Cristo en todas las obras de justicia que Dios pide de ti, y que te manda? Así es, si eres de los que pueden en verdad clamar, con la aprobación de Dios: "Padre nuestro". ¿o no será éste el último de tus pensamientos en todo el día? ¿No demuestras claramente que eres un hipócrita maldito, al condenar con tú práctica diaria lo que pretendes mostrar en tu oración con tu lengua embustera?

(c) ¿De veras quisieras que viniese el reino de Dios, y que se hiciese su voluntad en la tierra como en el cielo? Más aun, aunque tú, en la letra, dices: Venga tu reino, ¿no es cierto que te llevaría al borde de la locura oír el sonido de la trompeta, ver cómo los muertos resucitan, y tú mismo tener que comparecer delante de Dios, a dar cuenta de todo lo que has hecho con el cuerpo? Más aun, ¿acaso el sólo pensarlo no te disgusta en sumo grado? Y si la voluntad de Dios se hace en la tierra como en el cielo, ¿no va a ser tu ruina? En el cielo no hay un solo rebelde contra Dios; y si procede igualmente con la tierra, ¿no tendrá que lanzarte al infierno? Y lo mismo en cuanto al resto de las peticiones. ¡Ah, qué triste aspecto tendrían aquellos hombres, y con qué terror caminarían por el mundo, si supieran la mentira y la blasfemia que sale de su boca aun en su más perfecta simulación de santidad! ¡Que el Señor os

despierte y os enseñe, pobres almas, a atender en toda humildad para que no seáis temerarios e ignorantes tocante a vuestro propio corazón, y mucho más en cuanto a vuestra boca! Cuando comparezcas delante de Dios (como dice el sabio), "no te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra" (Eclesiastés 5:2), especialmente a llamar a Dios "Padre" sin que tengas alguna bendita experiencia. Mas prosigamos nuestras consideraciones.

7. Para que la oración sea aceptada, ha de ser oración con el Espíritu, puesto que solamente el Espíritu puede levantar el alma o corazón a Dios en oración: "Del hombre son las disposiciones del corazón: mas de Jehová la respuesta de la lengua" (Proverbios 16:1). Es decir en toda obra hecha para con Dios (y particularmente en la oración), si el corazón va acompañado por la lengua, ha de estar preparado por el Espíritu de Dios. En realidad la lengua es muy capaz por si misma de actuar sin temor ni sabiduría; pero cuando es la respuesta del corazón, y de un corazón que ha sido preparado por el Espíritu de Dios, entonces habla según Dios ordena y desea.

Palabras poderosas las de David cuando dice que "levanta su corazón y su alma a Dios" (Salmo 25:1). Es ésta una obra demasiado grande para que el hombre pueda hacerla sin el poder del Espíritu.. Y creo que uno de los principales motivos de que el Espíritu de Dios sea llamado "Espíritu de gracia y de oración" (Zacarías 12:10), es por ser El quien ayuda al corazón a suplicar de veras. Es por esto que Pablo dice: "Orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu" (Efesios 6:18); y: "Oraré con el Espíritu" (1Corintios 14: 15). La oración, si el corazón no está en ella, es como un sonido muerto; y el corazón, si no es levantado por el Espíritu, jamás orará a Dios.

8. Así como el corazón ha de ser levantado por el Espíritu para poder orar debidamente, también ha de ser sostenido por el Espíritu, una vez levantado, para poder continuar orando. No sé qué ocurre en los corazones de los demás; pero estoy seguro de lo siguiente:

Primero: Es imposible que los breviaros que los hombres han hecho levanten o preparen el corazón. Tal cosa es obra exclusiva de Dios mismo.

Y en segundo lugar: Estoy seguro de que son igualmente impotentes para sostener el corazón, una vez levantado. Y, sin duda, ésta es la verdadera esencia de la oración: que el corazón sea sostenido cerca de Dios mientras se ora. ¡Difícil le era a Moisés mantener los brazos en alto hacia Dios en oración; pero mucho más difícil es mantener en alto el corazón!

Dios se queja precisamente de esto, de que "¿este pueblo de labios me honra, mas su corazón lejos está de mí" (Mateo 15: 8)., Y, ciertamente, si me permitís mencionar mi propia experiencia, os puedo contar las dificultades que encuentro para orar a Dios como conviene. Sé que lo que voy a decir es suficiente para que vosotros, hombres pobres, ciegos y carnales, os forméis extrañas opiniones de mí. Cuando voy a orar siento que mi corazón se toma reacio a allegarse a Dios; y no sólo eso, sino que una vez en su presencia experimento tanta aversión, que muchas veces me veo obligado a pedirle, primeramente, que tome mi corazón y lo atraiga a sí en Cristo, y cuando está allí, que lo mantenga cerca de El. Más aun, a menudo no sé qué pedir, tal es mi ceguera; ni cómo orar, tal es mi ignorancia. ¡Ay de nosotros, si por la bendita gracia, el Espíritu no ayudare nuestra flaqueza! ¡Oh, las dificultades que el corazón encuentra para empezar en el momento de la oración! Nadie sabe cuántos caminos apartados y tortuosos torna el corazón para alejarse de la presencia de Dios. ¡Cuánto orgullo, también, si se le permite expresarse! ¡Cuánta hipocresía, en presencia de los demás! ¡Y qué poco se comprende entonces la oración entre Dios y el alma en secreto, a menos que el Espíritu haya acudido para ayudado Cuando el Espíritu entra en el corazón, hay oración verdadera, pero no antes.

9. Para que el alma ore debidamente, ha de ser en y con la ayuda y el poder del Espíritu; porque sin El, es imposible que un hombre se exprese en oración. Quiero decir que, sin la ayuda del Espíritu, no es posible que el corazón, de manera sincera, consciente y afectuosa, se derrame delante de Dios con aquellos suspiros y gemidos que deben salir de un alma que en verdad ora. No es la boca lo primero a considerar en la oración, sino ver si el corazón está tan lleno de afecto y fervor, en conversación con Dios, que impida a la lengua expresar su sentir y deseo. Cuando los deseos de un hombre son tan intensos, numerosos y potentes que todas las palabras, lágrimas y gemidos que proceden del corazón no basten para expresarlos, entonces puede decirse que verdaderamente desea. El Espíritu ayuda

nuestra flaqueza, y hace y pide por nosotros con gemidos indecibles.

Pobre es la oración que queda plenamente expresada con determinado número de palabras.

El hombre que presenta de veras una petición a Dios jamás podrá expresar con su boca o pluma los inefables deseos, experiencias, afectos y anhelos que subieron al Señor en aquella oración. Las mejores oraciones contienen a menudo más gemidos que palabras; y las palabras que contienen no son sino una sombra pobre y superficial del corazón, la vida y el espíritu de esa oración. No están escritas las palabras de la oración que pronunció Moisés cuando partió de Egipto y fue perseguido por Faraón; pero sabemos que hizo resonar el cielo con sus clamores; clamores producidos por los indescriptibles e inescrutables gemidos de su alma en y con el Espíritu. Dios es Dios de espíritus, y sus ojos calan hasta el corazón. Dudo que tengan este detalle en cuenta aquellos que pretenden ser considerados como pueblo de oración.

Cuanto más se acerca un hombre a la perfección en la obediencia de una obra mandada por Dios, tanto más difícil la encuentra; y ello se debe a que la criatura, como criatura, no puede hacerla. Empero la oración (como antes se ha dicho) no es solamente un deber, sino una de las obligaciones más eminentes, y, por consiguiente, más difíciles. Bien sabía Pablo lo que decía, cuando escribió: "Oraré con el espíritu" (1Corintios 14:15). Sabía muy bien que no era lo que otros hubieran escrito o dicho lo que podía hacer de él un hombre que ora; solamente el Espíritu podía hacerlo.

10. Ha de un con el Espíritu, pues de lo contrario, al haber un defecto en el acto mismo, lo habrá también en su continuación; es más, se producirá un desfallecimiento. La oración es una ordenanza de Dios que debe perdurar necesariamente en el alma en tanto que ésta se halle al lado de acá de la gloria. Mas, como dije antes, si no es posible para un hombre levantar el corazón a Dios en oración, tampoco es posible mantenerlo allí sin la ayuda del Espíritu. Y siendo así, para que persevere en el tiempo orando a Dios, es preciso que sea con el Espíritu.

Cristo nos dice que "es necesario orar siempre, y no desmayar" (Lucas 18:1); y nos dice también cuál es la definición de un hipócrita: el que no persevera en oración bajo cualquier circunstancia, o si lo hace, no es con poder (Job 27: 10), es decir, en espíritu de verdadera oración, sino solamente por pretexto (Mateo 23: 14). Caer de la experiencia del poder a la superficialidad, es una de las cosas más fáciles; pero sostenerse en la vida, en el espíritu y el poder en lo que respecta a una obligación, especialmente tratándose de la oración, es una de las cosas más difíciles. Supone tal esfuerzo que un hombre, sin la ayuda del Espíritu, no puede orar ni una sola vez, y mucho menos perseverar en oración.

Jacob no solamente empezó, sino que se sostuvo en ello: "No te dejaré, si no me bendices" (Génesis 32: 26). Lo mismo hicieron el resto de los santos (Oseas 12:4). Pero esto no podría ser sin el espíritu de oración: es por el Espíritu que tenemos entrada al Padre (Efesios 2: 18). Otro caso notable se halla en Judas, cuando exhorta a los santos, por medio del juicio de Dios sobre los impíos, a estar firmes y perseverar en la fe del evangelio. Como medio excelente para ello, sin el cual sabían que jamás podrían hacerlo, dice: "Edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando por el Espíritu Santo" (Judas 20). Como diciendo: Hermanos, así como la vida eterna es puesta solamente para los que perseveran hasta el fin, así también no podéis perseverar hasta el fin a menos que prosigáis orando en el Espíritu. El gran fraude con que el diablo engaña al mundo, consiste en hacer que éste continúe en la superficialidad de cualquier deber; en la superficialidad de la predicación, de la asistencia a la predicación, de la oración, etc. Estos son los que tienen "apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella: y a éstos evita" (11 Timoteo 3: 5).

## **Ch 03 Orando con el Espíritu y con Entendimiento**

El apóstol hace una clara distinción entre orar con el Espíritu y orar con el entendimiento y con

entendimiento: "Oraré con el Espíritu, mas oraré también con entendimiento" (I Corintios 14:15). Esta distinción fue hecha debido a que los corintios no tenían en cuenta que todo cuanto hicieran debía ser para edificación propia, y también de los demás, no sólo para gloria propia, como estaba ocurriendo. Entregados a sus dones extraordinarios - como el hablar en lenguas diversas, etc. -descuidaban la edificación de los hermanos; lo cual fue causa de que Pablo les escribiera este capítulo, para hacerles entender que, aunque los dones extraordinarios eran excelentes, la edificación de la iglesia era más excelente aun. "Porque si yo orare en lengua desconocida, mi espíritu ora; mas mi entendimiento es sin fruto (como también el entendimiento de otros). ¿Qué pues? Oraré con el Espíritu, mas oraré también con entendimiento" (I Corintios 14: 14, 15).

Es pues conveniente que tanto el entendimiento como el corazón y los labios participen en la oración. Lo que se hace con entendimiento se hace más eficaz, consciente y sinceramente. Esto fue lo que hizo que el apóstol rogara por los colosenses, para que Dios les llenara "del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia" (1:9); y por los efesios, para que Dios les diera "espíritu de sabiduría y de revelación para su conocimiento; alumbrando los ojos de vuestro entendimiento" (Efesios 1:17, 18); e igualmente por los Filipenses, para que su amor abundara "aun más y más en ciencia y en todo conocimiento" (Filipenses 1:9).

Es conveniente que el hombre tenga entendimiento suficiente de todo aquello que emprende, ya sea secular o espiritual; y por tanto, y con mayor razón, han de desearlo todos los que aspiran a ser almas de oración. Espero mostraros qué es orar con entendimiento.

Entendimiento quiere decir hablar en nuestra propia lengua y además por experiencia: Pasaré de largo lo uno y me ocuparé solamente de lo otro. Para ofrecer las oraciones debidamente, es preciso que haya- un entendimiento sano y espiritual en todos los que oran a Dios.

1. Orar con entendimiento es orar bajo la instrucción del Espíritu, comprendiendo la necesidad de aquello que el alma ha de pedir. Aunque un hombre -necesite en gran manera el perdón de los pecados, y ser librado de la ira que ha de venir, si no entiende, no lo deseará en absoluto, o sentirá tal indiferencia y tibieza en sus deseos, que Dios aborrecerá aun la actitud espiritual -de pedir dichas cosas. Esto fue lo que ocurrió con la iglesia en Laodicea: les faltaba conocer lo que es el entendimiento espiritual; no sabían que eran tristes, miserables, pobres, ciegos y desnudos. A causa de lo cual ellos y todos sus cultos eran considerados por Cristo como abominación, hasta el punto de que El les amenazara con vomitarlos de su boca (Apocalipsis 3:16, 17). Los hombres pueden recitar las mismas palabras que otros han escrito o dicho; pero si no lo hacen con entendimiento, -aunque lo hubiera en los otros, la diferencia es grande, a pesar de pronunciarse las mismas palabras.

2. El entendimiento espiritual percibe en el corazón de Dios la predisposición y buena voluntad para dar al alma aquellas cosas que necesita. Por este medio David podía acertar aun los pensamientos de Dios para con él (Salmo, 40: 5). Y lo mismo le ocurría a la mujer cananea (Mateo 15:22-28): por fe, y por un justo entendimiento, discernía, tras la adusta actitud de Cristo, la ternura y el deseo de ayudarla que había en Su corazón; lo cual la hizo ser vehemente y fervorosa, más aun, constante hasta que llegó a gozar de la misericordia que necesitaba.

No hay nada que induzca tanto al alma a buscar a Dios y a clamar pidiendo el perdón, como el entendimiento de que en el corazón de Dios hay el deseo de salvar a los pecadores. Si un hombre viera una perla de alto precio tirada en el barro, pasaría de largo sin preocuparse, por no entender su valor; pero una vez conocido éste, correría grandes riesgos por obtenerla. Así ocurre con las almas en cuanto a las cosas de Dios. Una vez se ha llegado a entender su valor, su corazón y todo el poder de su alma corren tras ellas, y no cesa de clamar hasta que las tiene. Los dos hombres ciegos del evangelio, sabiendo ciertamente que Jesús, que pasaba entonces, podía y quería curar las enfermedades que les afligían, clamaron, y al verse rechazados, clamaron aun con más fuerza (Mateo 20:29-31).

3. Una vez el entendimiento ha sido espiritualmente iluminado, se descubre cómo el alma debe allegarse a Dios: lo cual sirve de gran aliento. Mas por el contrario, si no se tiene esta iluminación, no se sabrá cómo empezar ni cómo proseguir, señoreando entonces el desaliento hasta hacer que se abandone la empresa.

4. El entendimiento iluminado ve en las promesas de Dios suficiente amplitud para sentirse alentado a orar; lo cual le añade fortaleza sobre fortaleza. Así como cuando los hombres prometen ciertas cosas a los que vengan por ellas, esto constituye motivo de aliento a los que conocen tales promesas, así también ocurre con los que conocen las promesas de Dios.

5. Una vez iluminado el entendimiento, queda abierto el camino para que el alma se allegue a Dios con argumentos adecuados, a veces en forma de contienda, como en el caso de Jacob (Génesis 32: g); a veces -en forma de súplica, y no verbalmente tan sólo, sino que aun en el corazón el Espíritu introduce a través del entendimiento argumentos eficaces y capaces de conmover el corazón de Dios. Cuando Efraín llega a entender debidamente cuál ha sido su vil actitud hacia el Señor, empieza a lamentarse (Jeremías 31:18, 19, 20). Y al lamentarse contra sí mismo, emplea tales argumentos que conmueve el corazón del Señor, obtiene su perdón, y se hace agradable a sus ojos por medio de Jesucristo nuestro Señor: "Escuchando, he oído a Efraín que se lamentaba", dice Dios. "Azotáste me, y fui castigado como novillo indómito: conviérteme y seré convertido; porque tú eres Jehová mi Dios. Porque después que me convertí, tuve arrepentimiento, y después que me conocí? (o recibí instrucción en cuanto a mí mismo), "herí el muslo: avergoncéme, y confundíme, porque llevé la afrenta de mis mocedades." Estas son las quejas y lamentaciones de Efraín contra sí mismo; ante las cuales el Señor irrumpe en las siguientes expresiones, capaces de derretir un corazón: "¿No es Efraín hijo precioso para mí? ¿no es niño delicioso? pues desde que hablé de él, heme acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él: apiadado, tendré de él misericordia, dice Jehová." Podéis, pues, ver, que es necesario orar con el Espíritu, pero también con entendimiento.

Y para ilustrar con un símil lo que se ha dicho, pongamos por caso que dos hombres vienen mendigando a vuestra puerta. Uno de ellos es pobre, lisiado; está herido y casi muerto de hambre; el otro es una criatura sana, rebosante de salud y lozanía. Los dos usan las mismas palabras al pedir limosna. Sí, los dos dicen que están medio muertos de hambre; pero, indudablemente, el pobre y lisiado es el que habla con más sentido, experiencia y entendimiento de las miserias que menciona al pedir. Se descubre en él una expresión más viva cuando se lamenta de lo que le ocurre. Su dolor y su pobreza le hacen hablar en un espíritu de mayor lamentación que el otro, por lo cual será socorrido antes por cualquiera que tenga un ápice de afecto o compasión natural. Así ocurre exactamente con Dios. Algunos oran por costumbre y etiqueta; otros en la amargura de sus espíritus. El uno ora por mera noción, puro conocimiento intelectual; al otro las palabras le salen dictadas por la angustia del alma. Sin duda que Dios mirará a éstos, a los de espíritu humilde y contrito, a los que tiemblan a su Palabra (Isaías 66:2).

6. El entendimiento bien iluminado es también de admirable utilidad, tanto en lo que respecta al tema como a la manera de orar. El que posee un entendimiento ejercitado para discernir entre el bien y el mal, y un sentido de la miseria del hombre y la misericordia de Dios, no necesita que los escritos de otros hombres le enseñen a clamar por medio de fórmulas de oración. De la misma manera que, al que siente dolor, no es necesario que le enseñen a decir ¡Ay!" aquel cuyo entendimiento ha sido abierto por el Espíritu no tiene necesidad de imitar las oraciones de otros hombres. La experiencia real, el sentimiento y la presión que pesan sobre su espíritu, hacen que exprese con gemidos su petición al Señor. Cuando los dolores de la muerte hicieron presa en David, y las angustias del sepulcro le rodearon, no necesitó que un obispo con sobrepelliz le enseñase a decir: "Libra ahora, oh Jehová, mi alma" (Salmo 116: 3, 4); ni consultar un libro que le enseñase una fórmula para derramar su corazón ante Dios. Por naturaleza, cuando los hombres están enfermos, cuando les aflige el dolor y la enfermedad, su corazón se desahoga en doloridos lamentos y quejas a los que les rodean. Este fue el caso de David en el -Salmo 38: 1-12. Y ése, también, bendito sea el nombre del Señor, es el caso de los que están dotados de la gracia de Dios.

7. Es necesario que haya un entendimiento iluminado con el fin de que el alma sea llevada a continuar en el servicio y deber de la oración.

El pueblo de Dios no ignora las muchas tretas, trucos y tentaciones que el diablo usa para hacer que una pobre alma, verdaderamente deseosa de tener al Señor Jesucristo, llegue a cansarse de buscar el

rostro de Dios, y a pensar que El no quiere tener misericordia de ella. "Sí", dice Satanás, "puedes orar cuanto quieras, pero no prevalecerás. Mira tu corazón: duro, frío, torpe y embotado. No oras con el Espíritu, no oras con verdadero fervor; tus pensamientos se van tras otras cosas cuando aparentas estar orando a Dios. Fuera, hipócrita; basta ya; es en vano que sigas luchando." He aquí, pues, que si el alma no está bien avisada, clamará al momento: "¡El Señor me ha abandonado, mi Dios me ha olvidado!" Mientras que la que está debidamente informada e iluminada dice: "Bien, buscaré al Señor y esperaré; no cesaré, aunque no me diga ni una palabra de consuelo. El amaba apasionadamente a Jacob, pero le hizo luchar a brazo partido antes de obtener la bendición." Los aparentes retrasos en Dios no son pruebas de su desagrado; a veces es posible que oculte su rostro de los santos que más ama. Le agrada en extremo mantener a los suyos en oración, y hallarles continuamente llamando a la puerta del cielo. Acaso sea, dice el alma, que el Señor me prueba, o que le agrada oír cómo le presento, gimiendo, mi condición.

La mujer cananea no quiso tomar por negativas verdaderas las que eran sólo aparentes; sabía que el Señor era misericordioso. El Señor vindicará a los suyos aunque emplee a veces largo tiempo. El Señor me ha esperado mucho más tiempo que yo a El; y lo mismo le ocurrió a David. "Resignadamente esperé," dice (Salmo 40:1); o sea, pasó mucho tiempo antes de que el Señor me respondiera, aunque por fin "inclinóse a mí y oyó mi clamor." El mejor remedio para esto es un entendimiento bien informado e iluminado. ¡Lástima que haya en el mundo tantas pobres almas que temen verdaderamente al Señor, y que, por no estar bien instruidas, a menudo están dispuestas a darlo todo por perdido, cada vez que Satanás emplea una de sus tretas y tentaciones! Que el Señor se compadezca de ellas y les ayude a orar con el Espíritu, y también con entendimiento. Aquí podría mencionar gran parte de mi propia experiencia. En mis accesos de agonía espiritual, he tenido fuertes tentaciones de rendirme y no buscar más al Señor; pero habiéndome hecho entender cuán grandes pecadores eran aquellos de quienes El ha tenido misericordia, y cuán grandes eran sus promesas a los pecadores; y que no era al que estaba sano, sino al enfermo; no al justo, sino al pecador; no al que está lleno, sino al que está vacío, a quienes comunicaba Su gracia y Su misericordia, esto, por medio de la ayuda de su Santo Espíritu, hizo que me adhiriese a El, que me apoyara en El, y que al mismo tiempo clamara, aunque de momento no envió respuesta. ¡Que el Señor ayude a todo este pueblo pobre, tentado y afligido, a hacer lo mismo, y a perseverar, aunque tenga que esperar mucho tiempo!

Pregunta 1. ¿Pero qué hemos de hacer los pobres que no sabemos orar? El Señor sabe que yo no sé cómo se debo orar, ni qué se debe pedir.

-Respuesta. ¡Pobre corazón! Te lamentas de que no sabes orar. ¿Puedes ver tu miseria? ¿Te ha mostrado Dios que por naturaleza estás bajo la maldición de su ley? Si es así, no yerres; sé que gimes, y muy amargamente por cierto. Estoy persuadido de que apenas puedes hacer nada en tu trabajo diario sin que la oración brote de tu pecho. ¿No han subido tus lamentos al cielo desde todos los rincones de tu casa? Sé que es así; y también tu propio corazón apesadumbrado testifica de tus lágrimas, del olvido de tu vocación, etc. ¿No es cierto que tu corazón está tan lleno de deseos de las cosas de otra vida, que a veces olvidas aun las de este mundo? Lee Job 23: 12.

Pregunta 2. Sí, pero cuando voy a mi cámara secreta y trato de derramar mi alma ante Dios, apenas puedo decir nada en absoluto.

Respuesta. (a) ¡Ah, querida alma! No es a tus palabras a lo que Dios presta más atención, de modo que no te escuche si no te presentas ante El con algún elocuente discurso. No; su vista está puesta en el quebrantamiento de tu corazón; y esto es lo que hace que los afectos mismos del Señor se desborden: "Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Salmo 51:17).

(b) La escasez de tus palabras puede ser debida a la mucha congoja de tu corazón. David estaba a veces tan apenado que no podía hablar (Salmo 77:3, 4). Empero hay algo que puede servir de consuelo a todos los corazones apesadumbrados como tú, a saber: que aunque debido a la angustia del espíritu no puedes hablar mucho, el Espíritu Santo pone en tu corazón gemidos y suspiros tanto más vehementes; aun cuando tu boca está cerrada, ¡tu espíritu no! Moisés, según ya hemos dicho, hizo resonar el cielo con sus oraciones, bien que no leemos que saliera una sola palabra de su boca. Pero....

(c) Si deseas expresarte más plenamente ante el Señor, considera, primeramente, tu corrompida condición; en segundo lugar, las promesas de Dios; y en tercer lugar, el corazón de Cristo, que tú puedes conocer o discernir por su condescendencia y él derramamiento de su sangre, y por la misericordia que ha otorgado antes a grandes pecadores. Presenta, pues, tu propia vileza, a modo de lamentación; la sangre de Cristo, a modo de argumento; y en tus oraciones, que la misericordia que El ha concedido a otros grandes pecadores, junto con sus abundantes promesas de gracia, abunde en tu corazón. Al mismo tiempo, permite que te aconseje lo siguiente: No te contentes con palabras, y no creas tampoco que son lo único que Dios mira; pero tanto si tus palabras son pocas como si son muchas, que tu corazón las acompañe. Entonces le buscarás y le hallarás, porque le buscarás de todo tu corazón (Jeremías 29:13).

Pregunta 3. Pero si al parecer has hablado contra toda manera de orar que no sea por el Espíritu, ¿por qué das tú instrucciones ahora?

Respuesta. Debemos exhortarnos unos a otros a la oración, aunque no debemos damos fórmulas de oración.

Exhortar a la oración con instrucciones cristianas es una cosa; y redactar fórmulas para limitar al Espíritu de Dios, es otra.

El apóstol no da la menor fórmula para orar, pero insta a que se ore (Efesios 6:18; Romanos 15:30-32).

Por tanto, nadie debe sacar la conclusión de que por dar nosotros instrucciones referentes a la oración, es lícito instituir fórmulas de oración.

Pregunta 4. Pero, si no usamos fórmulas -de oración ¿cómo enseñaremos a nuestros hijos a orar?

Respuesta. Mi opinión es que los hombres siguen un mal camino para enseñar a sus hijos a orar, enseñándoles tempranamente a recitar frases, como es común en muchas pobres criaturas.

Me parece mucho mejor decirles que por naturaleza son criaturas malditas, que se hallan bajo la ira de Dios a causa del pecado original y del suyo propio; explicarles también cuál es la naturaleza de la ira de Dios, y la duración de la miseria. Si se hace esto a conciencia, sabrán orar mucho antes. La manera de aprender a orar es por medio de la convicción de pecado, sistema que sirve también para enseñar a nuestros amados hijitos. Hacerlo de otra manera, es decir, esforzarse en enseñar a los niños fórmulas de oración, antes que sepan otra cosa, es el mejor camino para hacer de ellos hipócritas malditos, y para hincharlos de orgullo. Enseñad, pues, a vuestros hijos a conocer el infeliz estado y condición en que se hallan. Habladles del fuego del infierno, y de sus pecados; de la perdición y de la salvación; de la manera de escapar a la una y gozar de la otra (si es que vosotros la conocéis), y esto hará que las lágrimas broten de sus ojos, y que sinceros lamentos salgan de sus corazones. Luego podéis decirles a quién deben orar, y en qué nombre. Podéis también hablarles de las promesas de Dios, y de su eterna gracia extendida a los pecadores conforme a la Palabra.

¡Ah, pobres hijitos queridos! Que el Señor abra sus ojos y haga de ellos cristianos santos. Dice David: -Venid, hijos, oídme; el temor de Jehová os enseñaré" (Salmo 34:11).

No dice, por cierto: "Voy a ponerlos bozal mediante una fórmula de oración"; sino, "el temor de Jehová os enseñaré"; lo que significa: "os enseñaré a ver vuestro triste estado por naturaleza, y a instruiros en la verdad del evangelio, lo cual, por medio de Espíritu, engendra oración en todo aquel que en verdad lo aprende". Cuanto más enseñéis esto a vuestros hijos, más se derramarán sus corazones en oración a Dios.

Dios nunca tuvo a Pablo por hombre de oración, ni tendrá a otros tampoco, hasta que fue convicto y convertido (Hechos 9:11).

Pregunta 5. Pero, ¿cómo se explica que los discípulos pidieran que Cristo les enseñara a orar, como también Juan enseñaba a los suyos, y que entonces El lo hiciera con la fórmula hoy llamada "Padrenuestro"?

Respuesta. No solamente los discípulos, sino también nosotros deseamos ser enseñados de Cristo; y ya que no está aquí en persona para enseñarnos, que El lo haga por su Palabra y su Espíritu, pues El dijo

que enviaría al Espíritu en su lugar cuando se fuera (Juan 14:16 y 16:17).

En cuanto a lo que se ha llamado fórmula, no puedo creer que el propósito de Cristo fuera darlo como tal y de una manera restrictiva, por dos razones:

(1) Porque El mismo enseña lo contrario, según se infiere consultando Mateo 6 y Lucas 11. Mientras que si lo hubiera dado como fórmula de oración inalterable, no lo habría cambiado.

(2) No hallamos que los apóstoles hayan observado jamás semejante fórmula, ni tampoco que exhortaran a otros a hacerlo. Escudriñad todas sus epístolas, y os daréis cuenta de que, aunque ellos eran tan eminentes como cualquiera en cuanto a conocimiento para discernir y fidelidad para practicar, no oraban según el mundo ha querido más tarde imponer.

Pero, resumiendo, creemos que Cristo, con dichas palabras ("Padre nuestro", etc.) instruye efectivamente a los suyos sobre los principios que deben observar en sus oraciones a Dios:

(1) Orar en fe.

(2) Orar a Dios en el cielo.

(3) Pedir lo que es conforme a su voluntad, etc. Es decir, que esta oración constituye un modelo o pauta para orar.

Pregunta 6. Empero Cristo manda orar pidiendo Espíritu; ¿significa esto que los hombres, sin el Espíritu pueden también orar y ser oídos? Véase Lucas 11:9-13

Respuesta. El discurso de Cristo va dirigido en este caso a sus discípulos, a los que son suyos (v.1).

Cuando Cristo les dice que Dios daría su Santo Espíritu a los que lo pidieran, ha de entenderse este don como un aumento, pues se trataba de los discípulos, los cuales tenían ya cierta medida del Espíritu. Dice: "Cuando orareis, decid: Padre nuestro..." (v. 2). "Os digo" (v. 8). "Y yo os digo" (v. 9). "Si vosotros, siendo malos sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren de El?" Los cristianos, aunque Dios ya se lo ha dado, han de orar pidiendo el Espíritu, es decir, más de El.

Pregunta 7. Entonces, ¿sólo deberían orar los que saben que son discípulos de Cristo?

Respuesta. En efecto.

1. Que toda alma que aspira a ser salva se derrame ante Dios, aunque por la tentación no pueda deducir que es hijo suyo. Y...

2. Si la gracia de Dios está en él, será tan natural para él gemir por su condición como para el bebé pedir el pecho. La oración es una de las primeras cosas que revelan que un hombre es cristiano (Hechos 9:11). Y si esta oración es como conviene, tendrá el siguiente carácter:

(a) Desear a Dios en Cristo, por El mismo, por Su santidad, amor, sabiduría y gloria. La oración verdadera, que va a Dios por Cristo, se centra en El, y sólo en El: "¿A quién tengo yo en los cielos? Y fuera de ti nada deseo en la tierra- (Salmo 73:25).

(b) Poder gozar continuamente en el alma la comunión con El, tanto aquí como en el porvenir: "Seré saciado cuando despertare a tu semejanza" (Salmo 17: 15). "Y por esto también gemimos", etc. (II Corintios 5:2).

(c) La oración verdadera va acompañada de un esfuerzo continuo por aquello por que se ora: "Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana" (Salmo 130:6). "Levantaréme ahora... buscaré al que ama mi alma" (Cantares 3:2). Os ruego que observéis cómo hay dos cosas que inducen a la oración: una es el aborrecimiento del pecado y de las cosas de esta vida; la otra es un deseo anhelante de tener comunión con Dios en estado de santidad. Compárese solamente esto con la mayor parte de las oraciones que los hombres hacen, y se comprobará que no son sino una burla, el aliento de un espíritu abominable. La mayoría de los hombres, o no oran en absoluto, o se afanan en mofarse de Dios y del mundo al hacerlo. Confrontad si no -sus oraciones con su manera de vivir, y echaréis de ver fácilmente que el contenido de ellas es lo que menos procuran en sus vidas. ¡Qué triste hipocresía!

Os he mostrado, pues, brevemente: 1. Lo que es la oración. 2. Lo que es orar con el Espíritu. 3. Lo que



es orar con el Espíritu y con entendimiento también. Permittedme ahora unas palabras de aplicación y conclusión.

## Ch 04 Aplicacion

En primer lugar unas palabras de instrucción.

Ya que la oración es deber de todos y cada uno de los hijos de Dios, deber mantenido en el alma por el Espíritu de Cristo, todo el que se propone ocuparse en orar al Señor ha de ser en extremo cuidadoso, y prepararse para hacerlo con especial temor de Dios, y con la esperanza puesta en su misericordia a través de Jesucristo.

La oración es una ordenanza de Dios en la cual el hombre se acerca más a El; por tanto, todo aquel que se halle en Su presencia, necesita tanto más la ayuda de Su gracia, para orar como conviene. Es una vergüenza para un hombre el comportarse irreverentemente ante un rey, pero hacerlo ante Dios es, no sólo vergüenza, sitio pecado. Y así como un rey, si es sabio, no se agrada de un discurso compuesto de palabras y gestos indecorosos, tampoco Dios se complace en el sacrificio de los necios (Eclesiastés 5:1, 4). No son los largos discursos ni las lenguas elocuentes lo que agrada a los oídos del Señor, sino un corazón humilde, quebrantado y contrito. Por tanto, recibe la instrucción de que las siguientes cinco cosas son obstáculos para la oración, y aun hacen vanas las peticiones de la criatura:

1. Cuando los hombres miran a la iniquidad en su corazón en el momento de orar ante Dios: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera" (Salmo 66:18). Cuando hay un amor secreto hacia aquello contra lo cual, con tus labios hipócritas, pides fuerzas. En esto consiste la impiedad y perversidad del corazón humano, que aun amará y retendrá aquello contra lo cual ora: de labios honra a Dios, mas su corazón está lejos de El (Mateo 15:8). ¡Qué desagradable sería ver a un mendigo pidiendo limosna con intención de echarla a los perros! ¡o que primero dijera: "Te ruego me concedas esto", y a continuación: "No me lo des" Y esto es precisamente lo que ocurre con tal clase de personas; con la boca dicen: ---Hágase tú voluntad---, y con el corazón lo desmienten; con la boca dicen: " Santificado sea tu nombre", y con el corazón y la vida que viven se deleitan en deshonrarle todo el día. Estas son las oraciones que son para pecado (Salmo 109:1); y aunque oran a menudo el Señor jamás les responderá (II Samuel 22:42).

2. Cuando los hombres oran para ser vistos, para ser oídos, y para ser tenidos por personas muy religiosas, y para cosas parecidas.

Estas oraciones tampoco tienen la aprobación de Dios, y es posible que jamás sean atendidas con miras a la vida eterna.

Hay dos clases de hombres que oran con este fin. (a) Esos capellanes de sobremesa que se introducen en las familias de los ricos simulando rendir culto a Dios, -cuando en verdad su ocupación primordial es satisfacer sus vientres; los cuales han sido notablemente tipificados por los profetas de Achab, y por los de Nabucodonosor; quienes, aunque simulaban gran devoción, sus concupiscencias y sus vientres eran el gran objetivo que perseguían en sus vidas y en todas sus actividades devocionales. (b) También aquellos que buscan reputación y aplauso para su elocuencia, y procuran, más que nada, agradar los oídos y los cerebros de sus oyentes. Estos son los que "oran para ser oídos de los hombres", los cuáles tienen ya su pago (Mateo 6:5).

Estas personas se descubren del modo siguiente: se expresan teniendo en cuenta solamente al auditorio, esperando recibir después las alabanzas. Sus corazones se elevan o decaen según los elogios y parabienes que se les tributan. Les agrada orar prolijamente, y para conseguirlo, repiten vanamente las cosas una y otra vez. No les importa de donde vengan los encomios. Sus laureles son los aplausos

calurosos de los hombres y, por tanto, no les gusta entrarse en su cámara secreta, sino estar entre los muchos. Pero, si alguna vez la conciencia les empuja a orar a solas, la hipocresía hará que se les oiga desde la calle; y cuando su boca ha terminado, se acabaron sus oraciones, pues no aguardan a oír lo que dirá el Señor (Salmo 85:8).

3. Una tercera clase de oración que Dios no aceptará es la que pide cosas injustas, o cosas justas, mas para gastar en deleites, y pensadas con fines injustos: "No tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Santiago 4:2, 3). Tener propósitos contrarios a la voluntad de Dios es un argumento de peso para que El desatienda las peticiones que le son presentadas. Por esto hay tantos que oran por tal o cual cosa, y no la reciben. La respuesta de Dios solamente es el silencio. A cambio de sus esfuerzos, son recompensados por sus propias palabras, y eso es todo.

Pregunta. Pero, ¿no es verdad que Dios oye a ciertas personas aunque sus corazones no sean conforme El manda, como en el caso de Israel, al darle codornices que ellos emplearon en sus deleites?

Respuesta. Si lo hace, es en juicio, y no en misericordia. Ciertamente les dio lo que deseaban, pero mejor hubiera sido para ellos no haberlo recibido, pues El envió flaqueza en sus almas (Salmo 106:15) ¡Ay del hombre a quien Dios responde de esta manera!

4. Hay otra clase de oración que no recibe respuesta; y es la que los hombres ofrecen y presentan ante Dios en nombre propio solamente, sin comparecer en el del Señor Jesús. Pues, aunque Dios ha instituido la oración, y ha prometido oír a sus criaturas, esto no significa que oiga a aquellos que no tengan en nombre de Cristo: "Si algo pidiereis en mi nombre- (Juan 14: 14); "Si pues coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo a gloria de Dios" (1 Corintios 10:31). Si pidiereis algo en mi nombre, etc., por muy devotos celosos, fervientes y constantes en la oración que seáis solamente en Cristo habéis de ser oídos y aceptados. Empero, es lástima que la mayoría de los hombres no sepa lo que es venir a El en el nombre de nuestro Señor Jesús, lo cual es la razón de que vivan como impíos, oren como impíos y mueran como impíos. O, visto de otro modo, que no lleguen a otra cosa que a lo que el hombre animal puede llegar, o sea, a ser exactos en sus palabras y hechos en el trato con sus semejantes, y comparecer ante Dios sin otra cosa que su propia justicia.

5. Lo último que mencionaremos como impedimento de la oración es el fiarse de la forma de la misma, olvidando su virtud. Es fácil que los hombres sientan predilección fanática por tal o cual fórmula de oración, según se hallan escritas en algún libro; pero, en cambio, olvidan por completo preguntarse a sí mismos si tienen el espíritu y el poder. Se asemejan a hombres pintados y hablando en voz de falsete. Son la viva representación de la hipocresía, y sus súplicas abominación. Cuando dicen que han derramado sus almas delante de Dios, El responde que han aullado como perros (Oseas 7: 14).

Por consiguiente, cuando te propongas o pienses orar al Señor del cielo y de la tierra, considera los siguientes puntos:

(1) Piensa seriamente lo que necesitas y deseas. No hagas como tantos, que con sus palabras no hacen sino herir el aire, y piden lo que no quieren ni necesitan.

(2) Cuando veas lo que necesitas, no te desvíes de ello, cuida de orar sentida e inteligentemente.

Pregunta. Entonces, si no siento necesidad de nada, ¿no debo orar?

Respuesta 1. Si descubres que eres insensible en grado extremo, no podrás clamar por tu insensibilidad si años no eres hecho sensible. Es lo que podría llamarse la experiencia de la insensibilidad. Así, pues, ora conforme a lo que sientes ser tu necesidad; y si te das cuenta de tu falta de sensibilidad espiritual, ora al Señor pidiéndole que te haga experimentar su ausencia. Este ha sido el método de los santos hombres de Dios: " Hazme saber, Jehová, mi fin" (Salmo 39: 4); "sus discípulos le preguntaron, diciendo qué era esta parábola" (Lucas 8: 9). La promesa dice: "Clama a mí, y te responderé, y te enseñaré cosas grandes y dificultosas que tú no sabes" (Jeremías 33: 3).

2. Cuida de que tu corazón se eleve a Dios al mismo tiempo que tu boca: no dejes que ésta vaya más allá de donde tú procuras colocar aquél. David levantaba su corazón y su alma al Señor, y tenía buenas razones para hacerlo; pues si el corazón del hombre no va donde su boca, sus palabras no son más que

mera honra de labios; y aunque Dios pide y acepta los sacrificios de labios, éstos solos, sin el corazón, demuestran no sólo falta de sensibilidad verdadera, sino también ignorancia de esta falta.

Por tanto, si piensas ser prolijo delate de Dios, procura que sea con el corazón.

3. Cuidado con las expresiones patéticas, y con agradarte en su uso, olvidando dónde está la verdadera vitalidad de la oración.

Terminaré esta sección con una o dos advertencias.

La primera: Cuidado con desechar la oración a causa de la súbita persuasión de que no tienes el Espíritu ni oras con El. La gran obra del diablo consiste en hacer todo lo posible para impedir las mejores oraciones. El adulará al maldito hipócrita y embustero, alimentándole con mil fantasías de hechos meritorios, aunque sus oraciones y todo cuanto hace hiede en las narices de Dios, mientras se coloca junto al pobre Josué, para resistirle, es decir, para persuadirle de que ni su persona ni sus actos son aceptados por Dios (Zacarías 3:1). Cuidado, pues, con tales falsas conclusiones y desalientos injustificados. Aunque te asalten pensamientos como éstos, lejos de sentirte desalentado por ellos, úsalos para orar más sincera e intensamente en espíritu, al allegarte a Dios.

En segundo lugar: Del mismo modo que estas tentaciones repentinas no deben hacer que te abstengas de orar y de derramar tu alma delante de Dios, tampoco las corrupciones de tu corazón deben servir de impedimento. Acaso halles en ti todo lo que hemos mencionado antes, y quizás tales cosas procuren intervenir en tus oraciones a El. A ti te toca, entonces, juzgarlas, orar pidiendo ayuda contra ellas, y postrarte tanto más humildemente a los pies de Dios, usando tu vileza y corrupción como argumento para implorar la gracia que justifica y santifica, en vez de dejarte abatir por el desaliento y la desesperación.

David así lo hizo: "Perdonarás también mi pecado; porque es grande" (Salmo 25:11).

Y ahora unas palabras de aliento.

1. El texto que se halla en Lucas es muy alentador para la pobre criatura que tiene hambre de Cristo Jesús. En los versículos 5, 6, y 7 se cuenta la parábola de un hombre que fue a ver a su amigo para pedir prestados tres panes, que el otro le negó porque estaba en cama; mas, finalmente, a causa de su importunidad, se levantó y le dio lo que pedía. Con esto se da a entender claramente que, aunque las pobres almas, por la flaqueza de su fe, no pueden ver que son amigas de Dios, no deben dejar jamás de pedir, llamando a Su puerta en busca de misericordia. Fijaos en lo que dice Cristo: "Os digo, que aunque no se levante a darle por ser su amigo, cierto por su importunidad", o deseos impacientes, "se levantará, y le dará todo lo que habrá menester". ¡Pobre corazón! Clamas diciendo que Dios no te tiene en cuenta; descubres que no eres Su amigo, sino mas bien enemigo en tu corazón y en tus obras impías y te hallas como si oyeras que el Señor te dice: "No me seas molesto, no puedo darte" -como en la parábola (Lucas 11:1-13)-; mas yo te digo, que llamando, clamando y gimiendo. Te digo que, aunque no se levante a darte por ser Su amigo, cierto por tu importunidad se levantará y te dará todo lo que habrás menester. "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará buenas cosas a los que le piden?" (Mateo 7:11). Lo mismo habréis descubierto en la parábola del juez injusto y la pobre viuda (Lucas 18). La importunidad de ella le venció. Y ciertamente mi propia experiencia me dice que no hay nada que pese más ante Dios que la importunidad. ¿No es así con si respecto a los mendigos que vienen a nuestra puerta? Aunque a la primera petición no tengáis el menor deseo de darles cosa alguna, si continúan lamentándose y sin querer marcharse si no es con una limosna, se la dais; pues sus continuos ruegos os vencen. ¿Acaso no hay afectos en vosotros, que sois impíos, y sois vencidos por un mendigo importuno? Ve y haz tú lo mismo. Es un motivo que prevalece, y la experiencia lo confirma. Se levantará y te dará todo lo que habrás menester.

2. Otro motivo de aliento, para el alma que miserablemente tiembla al experimentar su pecado, es considerar el lugar, trono o asiento en que el gran Dios se ha sentado para oír las peticiones y las oraciones de las pobres criaturas: "el trono de la gracia" (Hebreos 4:16); "el propiciatorio" (Éxodo 25:22); lo cual significa que, en los días del evangelio, Dios ha establecido su morada en la

misericordia y el perdón; y desde allí se propone oír al pecador, y hablar con él como dice en Éxodo 25:22: "Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio." ¡Pobres almas! ¡Cuán propensas son a tener extraños pensamientos sobre Dios y Su disposición para con ellas, llegando precipitadamente a la conclusión de que El no las tiene en cuenta, bien qué está sobre el propiciatorio, y se ha sentado allí a propósito, con el fin de poder oír y atender sus oraciones! Si hubiera dicho: "Hablaré contigo desde mí trono de juicio -, ciertamente harías bien en temblar y huir de la faz de la grande y gloriosa Majestad; pero cuándo dice que oírás y hablará con las almas sobre el trono de la gracia o desde el propiciatorio, debes sentirte alentado lo esperanzado, más aun, animado a llegarte confiadamente a El para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4: 16).

3. Hay aún otro motivo de aliento para continuar en oración a Dios, y es el siguiente:

Además del hecho de que hay un propiciatorio, desde donde Dios quiere hablar con los pobres pecadores, también es un hecho que, junto a este propiciatorio está Jesucristo, rociándolo continuamente con su sangre. Por esto se llama "La sangre del esparcimiento" (Hebreos 12:24). Cuando el sumo sacerdote, bajo la ley, había de entrar en el lugar santísimo, donde estaba el propiciatorio, no podía hacerlo sin sangre (Hebreos 9:7).

¿Por qué era así? Porque aunque Dios estaba sobre el propiciatorio, El era perfectamente justo al mismo tiempo que misericordioso. Así pues, la sangre había de impedir que la justicia cayera sobre las personas acogidas a la intercesión del sumo sacerdote (como está significado en Levítico 16:13-16); por lo cual, toda la indignidad que temes no debe impedir que te allegues a Dios en Cristo en busca de misericordia. Arguyes que eres vil y por tanto Dios no va a tener en cuenta tu oración. Ciertamente es, si te deleitas en tu vileza, y te allegas a El por mera simulación. Pero si derramas tu corazón delante de El comprendiendo tu impiedad, deseando de todo corazón ser salvo de la culpa y limpio de la inmundicia, no temas, tu vileza no hará que el Señor tape sus oídos para no oírte. El valor de la sangre de Cristo, que ha sido esparcida sobre el propiciatorio, detiene el curso de la justicia, y abre una compuerta para que la misericordia de Dios llegue hasta ti. Por tanto, tienes confianza para entrar en el lugar santísimo, por la sangre de Jesús, el cual ha consagrado un camino nuevo y vivo para ti: no morirás (Hebreos 10: 19, 20).

Además, Jesús está allí, no solamente para rociar el propiciatorio con su sangre, sino que habla, su sangre habla. Por eso dice Dios que, si ve la sangre, pasará de ti, y la plaga no te tocará.

Si pues sobrio y humilde; allégate al Padre en el nombre del Hijo, y cuéntale tu caso con la ayuda del Espíritu, y experimentarás entonces el beneficio de orar con el Espíritu y con entendimiento también.

Unas palabras de reprensión: un triste discurso a los que jamás oráis.

"Oraré", dice el apóstol; y lo mismo dice el corazón de los que son cristianos. Por tanto, tú que no oras, no eres cristiano. La promesa dice: "Orará a ti todo santo" (Salmo 32:6). Por consiguiente, tú que no oras eres un impío y un desdichado. Jacob recibió el nombre de Israel luchando con Dios (Génesis 32), y todos sus hijos llevaron este nombre después de él (Gálatas 6). Mas aquellos que olvidan la oración, que no invocan el nombre de Jehová, son objeto de oraciones, sí, pero tales como ésta: -Derrama tu enojo sobre las gentes que no te conocen, y sobre las naciones que no invocan tu nombre" (Jeremías 10:25). ¿Qué te parece esto, a ti que tan lejos estás de derramar tu corazón delante de Dios, que te acuestas como un perro, te levantas como un borracho, y olvidas invocar a Dios? ¿Qué harás cuando estés condenado en el infierno, porque no hallaste en tu corazón ocasión de pedir el cielo? ¿Quién se lamentará de tu dolor, si no creíste que valiese la pena pedir misericordia? Te digo que los cuervos, los perros, etc., se levantarán en juicio contra ti; pues ellos, cada uno según su especie, dan a entender de alguna manera que quieren un refrigerio cuando lo necesitan; pero tú no tienes corazón para pedir el cielo, aunque te veas perecer eternamente en el infierno.

Sirva esto de reproche a los que os ocupáis en liviandades burlándoos y menospreciando el Espíritu, al no buscar su ayuda en oración. ¿Qué haréis, cuando Dios os pida cuentas de estas cosas? Tenéis por alta traición hablar una palabra contra el rey; más aun, tembláis ante tal pensamiento; pero no os

importa blasfemar contra el Espíritu del Señor. ¿Será grato vuestro fin si tratáis de jugar con estas cosas? ¿Envió Dios el Espíritu Santo al corazón de su pueblo con el fin de que vosotros le vilipendiárais? ¿Es esto servir a Dios? ¿Demuestra esto la reforma de vuestra iglesia, o no será más bien la señal de los reprobados implacables? ¡Oh, qué espanto! ¿No os basta condenaros por vuestros pecados contra la ley, sino que también tenéis que pecar contra el Espíritu Santo? ¿Acaso el Espíritu de gracia, santo, inofensivo y puro, promesa de Cristo, Consolador de sus hijos, sin el cual nadie puede servir aceptablemente al Padre; acaso, digo, ha de ser ésta la carga de vuestra canción: vituperar, escarnecer y mofarse de El? Si Dios mandó a Coré y a sus compañeros directamente al infierno por hablar contra Moisés y Aarón (Números 16), ¿creéis que los que os burláis del Espíritu de Cristo escaparéis impunes? (Hebreos 10: 29). ¿No leísteis jamás lo que Dios hizo a Ananías y Safira, por decir una sola mentira contra el Espíritu Santo (Hechos 5:1-9), y a Simón el Mago por menospreciarle? (Hechos 8:18-22). ¿Y creéis que vuestro pecado será virtud, o pasará sin ser castigado, hasta tal punto que os ocupáis en vociferar en contra de Su oficio, Su servicio y Su ayuda, que El da a los hijos de Dios? Horrible cosa es menospreciar al Espíritu de gracia (Mateo 12: 31; Marcos 3:29).

Concluiré este discurso con los siguientes consejos para el pueblo de Dios:

- 1.Cree que, tan cierto como que estás en los caminos de Dios, encontrarás tentaciones.
- 2.Por tanto, espéralas desde el primer día de tu entrada en la congregación de Cristo.
- 3.Cuando lleguen, ruega a Dios que te guíe y ayude a pasarlas.
- 4.Vigila cuidadosamente- tu propio corazón; que, no te engañe en contra de las evidencias del cielo, ni en tu andar con Dios en este mundo.
- 5.No te fíes de las lisonjas de los falsos hermanos.
- 6.No te apartes de la vida y el poder de la Verdad.
- 7.Mira mayormente a las cosas que no se ven.
- 8.Desconfía de los pecados pequeños.
- 9.Que la promesa no se enfríe en tu corazón.
- 10.Renueva tu actitud de fe en la sangre de Cristo.
- 11.Medita en la obra de tu regeneración.
- 12.No renuncies a correr con los que van en cabeza en la, carrera,

La gracia sea con vosotros..... (John Bunyan, 1660)